

La amante de Rembrandt

NEFELIBATA



OTROS LIBROS DE LA AUTORA EN DUOMO:

Azul de medianoche

Nieve roja en diciembre

SIMONE VAN DER VLUGT

La amante de Rembrandt

Traducción de Catalina Ginard Féron



Duomo ediciones

Barcelona, 2020

Título original: *Schilderslief*

© 2019, Simone van der Vlugt

© 2020, de la traducción: Catalina Ginard Féron

Esta traducción ha contado con el apoyo
de la Nederlands Letterenfonds

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

© 2020, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2020

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-17761-92-9

Código IBIC: FA

DL B 14.892-2020

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

1

5 de julio de 1650

El carruaje avanza a todo galope, dando bandazos por los caminos de tierra. Estoy atada de pies y manos, por lo que no puedo hacer nada para evitar tambalearme y golpearme contra los laterales del coche, y tengo la sensación de estar cubierta de moratones. Hace mucho que dejamos atrás el pueblo, pero sigo sin ser capaz de asimilar lo que me ha sucedido.

Mientras avanzaba por el camino vecinal llevando una cesta colgada del brazo, oí de pronto cascos de caballos resonando a mis espaldas. Me volví y vi un carruaje acercarse a gran velocidad. Logré ponerme a salvo saltando a un lado. Entonces, el cochero redujo la marcha y detuvo el coche.

Enfurecida, me recogí las faldas y me acerqué para decirle unas cuantas verdades. Pero antes de que pudiera hacerlo, las dos portezuelas se abrieron de golpe y del coche se apearon dos hombres. Por los colores negro y rojo de sus trajes y de las plumas que adornaban sus sombreros, supe que se trataba de alguaciles del ayuntamiento de Ámsterdam.

—¿Geertje Dirckx? —preguntó uno de ellos.

En aquel momento comprendí lo que pasaba. Di media

vuelta y eché a correr pese a que sabía que no tenía la menor posibilidad. Los hombres no tardaron en darme alcance, me apresaron y me llevaron con ellos a rastras.

–Quedáis detenida en nombre del Consejo de la ciudad de Ámsterdam. Tenemos orden de llevaros a la Casa de Corrección de Gouda.

Me resistí con todas mis fuerzas. Sin embargo, bien poco podía hacer yo contra dos hombres. Me esposaron, me metieron sin miramientos en el carruaje y después se subieron ellos. Yo no paraba de gritar y patear.

El carruaje se puso en marcha y al dar media vuelta me golpeé la cabeza con fuerza contra uno de los costados. Mientras permanecía semiinconsciente, me encadenaron los pies para impedirme cualquier movimiento. Ya solo podía gritar y, cuando lo hice, uno de los hombres me metió un trapo en la boca a modo de mordaza.

Frente a mí había una mujer con un vestido gris y una cofia blanca que mantenía las manos cruzadas en el regazo. No parecía impresionada por la dureza con la que me habían obligado a entrar en el carruaje.

Yo forcejeaba por liberarme, pero solo conseguía hacerme daño y no tardé en quedarme quieta, completamente agotada. Con aquella mordaza, no podía preguntar por qué me habían apresado. Intenté escupir el trapo sin conseguirlo.

Ahora ya me he dado por vencida y, mientras permanezco inmóvil y me siento derrotada, lucho contra el miedo que me invade.

La mujer que está sentada delante de mí no me pierde de vista. Ha guardado silencio todo este rato y ahora me dirige la palabra.

–Si os estáis quieta, os sacaré el trapo de la boca. Si gritáis, os lo volveré a meter.

Asiento con un movimiento de la cabeza, en absoluto tranquila, aunque dispuesta a contenerme. La mujer le hace una seña a uno de los hombres y cuando él me quita la mordaza, yo respiro aliviada.

–Me llamo Cornelia Jans –me dice la mujer–. Trabajo para el juzgado y tengo orden de llevaros a la Casa de Corrección de Gouda.

–¿Por qué? –exclamo con la boca llena de fibras del paño.

–¿De verdad no lo sabéis?

Por supuesto que me lo imagino, pero quiero oírlo de su boca. Solo hay un hombre capaz de hacerme algo así y, aunque sé lo que él piensa de mí, no me esperaba que llegase a este extremo. Y, a pesar de todo, aquí estoy y el único nombre que se me ocurre es el suyo.

–Quiero que me lo digáis vos –le contesto con la voz quebrada.

Por un instante detecto algo de compasión en el rostro de Cornelia, pero cuando empieza a hablar su voz no transmite emoción alguna.

–De acuerdo. Habéis sido hallada culpable de incumplimiento de contrato, robo y prostitución. Vuestro caso ha sido examinado por los burgomaestres Cornelis Bicker, Nicolaes Corver y Anthony Oetgens van Waveren, que han dictado la sentencia. El cuarto burgomaestre, Wouter Valckenier, no ha sido consultado porque yace postrado en su lecho de muerte. Pero los otros tres fueron unánimes.

Intento seguir respirando despacio. ¡La Casa de Corrección! He oído historias al respecto y el pánico me invade

ante la sola idea de tener que pasar semanas enteras encerrada allí.

–¿Por qué? –pregunto con voz chillona–. ¿Qué he hecho de malo? Habéis hablado de prostitución. No lo entiendo.

–¿En serio? Al parecer os habéis entregado a una vida pecaminosa. Se ha recabado información sobre vuestro estilo de vida y diversas personas han declarado en contra vuestra.

–¿Quiénes?

–El propietario de una posada de dudosa moralidad. ¿Cómo se llamaba? –Cornelia Jans consulta sus documentos–. La Barca Negra. Es un antro infame, frecuentado por hombres que buscan fulanas. Y vos os habéis alojado allí durante semanas enteras.

–¡Pero no como prostituta! Yo solo me alojaba allí. ¡Alquilaba una habitación!

Cornelia alza la mano.

–No soy yo quien debe emitir un juicio. Me limito a trasladaros los hechos.

Mi perplejidad no hace sino aumentar cuando adquiero conciencia de la espantosa realidad: ha sido realmente él. Lo ha hecho. Ha ordenado que me arrestaran como si fuera una vulgar criminal. Miro a Cornelia, desconcertada.

–¿Cuántas semanas me han dado?

–¿Semanas? –replica Cornelia–. Habéis sido condenada a doce años.

Cuando empiezo a gritar, me vuelven a amordazar.

A medio camino nos detenemos en una posada. Está anocheciendo, y nunca podríamos llegar a Gouda antes del cierre de las puertas de la ciudad. El hecho de que pasemos la noche

aquí me da esperanzas de que tal vez pueda escapar. Sin embargo, no tardo en descubrir que será imposible. Me sacan el paño de la boca, aunque sigo encadenada de manos y pies. La noche en blanco se me hace eterna y casi siento alivio cuando el alba se asoma por las contraventanas y me ordenan que me levante. Después de un ligero desayuno, en el que tienen que meterme la comida en la boca, proseguimos nuestro viaje. Por el camino, no hay ni un momento de silencio en el interior del carruaje. Los alguaciles y Cornelia hablan sin parar y me ignoran.

Durante todo el recorrido, observo los prados, las acequias y los pueblos pasar delante de la ventanilla. ¡Doce años! Debe de tratarse de un error, ni siquiera a los ladrones se les imponen penas tan duras. Cuando lleguemos se enmendará el entuerto, seguro que me dirán que solo son doce semanas. Eso ya es en sí un terrible castigo. ¿Cómo voy a poder pasar tanto tiempo encerrada?

Poco después de mediodía veo surgir ante nosotros las murallas de Gouda y media hora más tarde entramos en la ciudad.

Presa de un profundo abatimiento, observo las calles, la gente, el mercado y los canales, que me resultan tan cotidianos y familiares. Dentro de poco quedará excluida de todo esto. Doce semanas encerrada entre ladronas y putas... Sin duda alguna será horrible.

El carruaje no tarda en detenerse y entonces el miedo recorre mi cuerpo como un reguero de pólvora. A la derecha veo un gran edificio blanco que forma parte de un convento. ¿Es la Casa de Corrección? Por lo visto sí, puesto que Cornelia abre la portezuela y se apea del carruaje.

Los alguaciles me quitan las cadenas de los pies y me ayudan a bajar. Me tiemblan tanto las rodillas que me cuesta mantenerme en pie.

En la calle, la gente se detiene a mirar y un muchacho de unos catorce años exclama:

–¡Allí llega otra!

Una persona mayor dice:

–Creo que esta no es una puta. Será una ladrona.

Algunos chicos empiezan a insultarme y a lanzarme porquerías, pero salen huyendo en cuanto el alguacil hace un ademán amenazador.

La entrada de la Casa de Corrección es impresionante. Sobre la enorme puerta de entrada con herrajes hay una piedra con un grabado que representa a tres mujeres hilando, cosiendo y tejiendo, y a tres hombres cortando madera.

Cornelia golpea la aldaba y le abre un hombre vestido de riguroso negro que la saluda y me lanza una mirada fugaz.

–Las rectoras están reunidas. Metedla en una celda –dice el hombre.

Me llevan por el zaguán, cruzando un pasillo hacia un patio rectangular. Al otro lado entramos por una puerta y bajamos una escalera. Me llega un intenso olor a tierra y oigo el eco de mis pisadas bajo las bóvedas.

Un guardia se acerca con un manojo de llaves en la mano y nos conduce hacia un pasillo. A medio camino, abre la puerta de una celda.

–Esta está libre –dice.

Los alguaciles me meten dentro y me quitan las esposas. Acto seguido, salen de la celda y se marchan sin despedirse. Solo Cornelia se queda un instante y me dice:

–Adiós, Geertje. Buena suerte.

Después la pesada puerta de madera se cierra.

Me dejo caer en un taburete, desconcertada ante el hecho de que todo esto me esté sucediendo de verdad. Que el hombre al que tanto amé y que –estoy segura– me amó también pueda hacerme esto.

El desconcierto no se desvanece. Sigue ahí cuando me sacan de la celda y la gobernanta me conduce hasta la sala de rectoras, donde me dan a conocer las normas de la casa. Sigue ahí cuando les pregunto balbuceante si mi pena no debería ser de doce semanas, si no se ha cometido un error y me contestan que no.

Detecto cierta compasión en las rectoras, pero de poco me sirve. La pena se mantiene en doce años. Me entregan un documento judicial según el cual he sido condenada en rebeldía.

No lloro ni grito cuando me llevan a la sala de trabajo, sino que me hundo en un estado de callada desesperación que solo me permite mirar al vacío en busca de otro mundo, de otra vida en la que esto no habría sido posible.

Hoorn, 1632

La posada estaba repleta y era tal el jaleo que apenas me permitía entender los pedidos. Rodeada de volutas de humo de tabaco me inclinaba hacia los clientes para poder oír lo que me decían y me giraba indignada cada vez que alguno me tocaba las nalgas.

La Cabeza de Moro no era una posada elegante y al encontrarse tan cerca de las puertas de la ciudad siempre estaba llena. A pesar de los clientes molestos y los manoseos, me gustaba trabajar allí. El ajetreo era constante y no había dos días iguales. El trabajo era rutinario, incesante y podía resultar agotador. Libraba en domingo, pero ese día solía estar tan cansada que me quedaba medio dormida en la iglesia.

Sin embargo, aquello era mejor que mi vida en Edam, donde durante años me pasé días enteros limpiando pescado. No me gustaba trabajar en el puerto de Edam. En el agua poco profunda flotaban todo tipo de restos –trozos de madera podrida, algas y peces muertos– que desprendían un hedor que me rodeaba todo el día.

En casa, en el taller de carpintería naval donde trabajaba mi padre y donde vivíamos, olía a madera recién cepillada

y aquel olor era tan intenso que me daba la impresión de encontrarme en medio del bosque.

Yo nunca había estado en un bosque, pero mi padre aseguraba que allí olía así. Afirmaba que por el olor de la madera podía decir de qué tipo de árbol procedían las tablas. De niña lo creía, hasta que mi hermano Pieter me contó que el tipo de madera figuraba en las cartas de expedición.

Por fortuna, en mi trabajo en el puerto de Edam, mientras clasificábamos el pescado podía charlar y bromear con las demás mujeres.

Una de ellas era Trijn Jacobs. Me llevaba unos años y se hizo cargo de mí desde mi primer día de trabajo y con el paso del tiempo se convirtió en una buena amiga. También Lobberich, mi prima, trabajaba en el puerto. Las tres siempre nos divertíamos mucho juntas y comparábamos a los marineros con peces. A los apuestos los llamábamos lucios o bacalaos, los demás eran lenguados o arenques.

Contaba quince años de edad cuando los hombres empezaron a interesarse por mí. Un pescador llamado Coenraad solía venir a verme para mostrarme una captura especial o para traerme conchas que se quedaban atrapadas en las redes.

–Creo que le gustas –me dijo Trijn–. Se pasa el rato mirándote.

–Es un arenque.

–¿En serio? ¿Solo eso? Con lo esbelto y ágil que es me parece más bien un lucio.

–No quiero un pez delgado, quiero uno bien robusto. Un siluro o algo por el estilo.

–Cuidado con lo que deseas –me dijo Trijn–. El siluro es

un depredador. Y pensándolo mejor, creo que Coenraad es más bien un verdel. Grandote, activo y con una potente cola. Sobre todo eso último.

Cuando Coenraad se acercó nos echamos a reír por lo bajo y sin apenas atrevernos a mirarnos.

Tal vez me habría casado con Coenraad o con un chico como él si me hubiese quedado en Edam. Resulta extraño pensar lo distinta que habría sido entonces mi vida. Habría tenido hijos y, aunque solo habría conocido Edam y sus alrededores, seguramente habría sido muy feliz. Eso era lo habitual, una vida como la que esperaba a casi todas las muchachas del pueblo: segura y previsible.

Nada indicaba que mi vida fuera a ser distinta, pero cuando se presentó la oportunidad, la aproveché.

Lobberich fue la que empezó a hablar de ello. Había oído decir que en una posada de Hoorn buscaban una camarera y, si ella no hubiese estado a punto de casarse, quizá se habría marchado a Hoorn.

—¿No te apetecería hacerlo, Geertje? —me preguntó—. Es un trabajo duro, pero al menos ya no apestarás a pescado.

Aquella mañana reflexioné por primera vez sobre mi futuro. La idea de irme de aquel lugar me emocionaba y al mismo tiempo me asustaba. Había vivido mi vida entera en Edam y no conocía otra ciudad. Hoorn era bastante más grande, ¿cómo sería aquello? Cuanto más lo pensaba, más se despertaba mi curiosidad.

Ya había cumplido veintidós años y si quería irme aquel era el momento de hacerlo. Tal vez aquella sería la única oportunidad que se me presentara. Sabía que carecía de ta-

lentos especiales, salvo el de meterme en problemas, como me decía siempre mi madre. Pero tenía algo a mi favor: no me acoquinaba ante nada.

Mis padres no eran demasiado estrictos y yo no esperaba que ofrecieran mucha resistencia a mi plan. Aquella noche, mientras cenábamos alubias y pescado, les hablé del puesto de camarera en la taberna de Hoorn.

–Quiero ir allí –les dije–. Y si me contratan, me quedaré.

–¿Y si no te contratan? –me preguntó mi padre.

–¿Por qué no iban a hacerlo?

–Quizá ya hayan encontrado a alguien.

–Entonces buscaré otro empleo. Sea como sea no volveré, estoy harta de limpiar pescado.

Pieter nos miró a todos.

–La señora está harta de limpiar pescado –exclamó.

En un primer momento, mi madre no reaccionó, pero luego dijo:

–Trabajar en una posada no es poca cosa. Harás largas jornadas.

–No me importa.

Entre dos bocados, miré a mi padre que bajaba la cuchara.

–¿Cuál es el sueldo?

–Según Lobberich, pagan sesenta florines al año.

Por un momento se quedaron sin habla.

–Es más de lo que podrás ganar nunca en el puerto –dijo mi padre–. Hazlo, Geertje, vete a Hoorn. Y si te contratan, envía una cuarta parte de tu sueldo a casa.

Así de fácil.

A pesar de lo emocionada que estaba con mi nueva vida, lo difícil fue despedirme de mi familia. Me fundí en un largo abrazo con mis padres y, cuando me acerqué a Pieter, me estrechó entre sus brazos y me levantó del suelo.

–Iré a verte –me dijo.

Trijn vino a buscarme a casa y me acompañó hasta el Schepenmakersdijk, el dique que debía seguir para llegar a Edam. Llevaba consigo un pequeño fardo con regalos que me entregó diciendo que lo abriera solo cuando llegara a Hoorn.

–Para que no me olvides –me dijo.

–Como si eso fuera posible –le contesté–. Además, vendrás a verme alguna vez a Hoorn, ¿verdad que sí?

Me dio su palabra y también prometió escribirme. Me sonsacó la promesa de que contestaría a sus cartas, pues sabía lo mucho que me costaba el alfabeto. No obstante, yo estaba dispuesta a hacer ese esfuerzo por ella.

Había cuatro horas de camino andando de Edam a Hoorn, pero tuve la suerte de poder ir en el carro del tío Jacob, el padre de Lobberich. A la izquierda se extendía un paisaje verde de pólderes, mientras que a la derecha las olas grises del mar del Sur golpeaban el dique. Cuando nos acercábamos al pueblo de Scharwoude, las murallas y torres de Hoorn ya eran visibles y mi corazón empezó a latir con fuerza. Allí se encontraba mi nueva ciudad, que estaba a orillas del mar como Edam, aunque era más grande y más emocionante. Yo sabía que había villas mucho más grandes, como Ámsterdam y Haarlem, pero para mí, Hoorn ya suponía un gran paso.

Dando bandazos entramos en la ciudad por la puerta del

oeste y enseguida nos vimos rodeados de carros, peatones, niños alborotados, mercaderes vociferantes y ganado que cruzaba las estrechas calles.

–¿Dónde quieres que te deje? –me preguntó el tío Jacob.

–No lo sé, nunca he estado aquí. La posada se llama La Cabeza de Moro.

–La conozco –dijo Jacob.

Entonces aflojó las riendas y el caballo apretó el paso.

Entramos en una calle algo más ancha y giramos a la derecha hacia la calle Oude Noort. Cuando estábamos a la mitad, vi la posada. Encima de la puerta colgaba un letrero con un hombre de tez oscura, y la entrada estaba flanqueada por dos barriles de cerveza puestos en pie.

–Pasaré por aquí dentro de una hora. Si no ha salido bien, puedes regresar conmigo –me dijo el tío Jacob.

–No volveré –le aseguré mientras me bajaba del pescante–. Si no me dan el trabajo, me buscaré otro.

–Como quieras. –El tío Jacob me dio el fardo con mis pertenencias, saltó del pescante y me abrazó brevemente–. Que te vaya bien, muchacha.

Sonrió, me saludó dándose un toquecito en la gorra y volvió a subirse al carro. Después me giré hacia la posada, respiré hondo y entré.

La dueña era una mujer llamada Aecht Carstens. Por la mirada aguda y penetrante con la que me recibió deduje que era una persona dotada de una superioridad innata, también sobre los hombres. Más tarde resultó que además era mucho más fuerte de lo que parecía en un primer momento. Seguro que todos los parroquianos estaban al tanto y el que no lo estuviera no tardaría en enterarse. Y, si a pe-

sar de ello, seguía dando problemas, se las tendría que ver con Simon, el criado.

Cuando llegué, Aecht no disponía de mucho tiempo. La taberna estaba llena a rebosar y ella parecía apurada.

–¿Has dicho Geertje? Muéstrame de qué eres capaz, yo te iré indicando lo que debes hacer. Si me quedo satisfecha, podrás quedarte.

Me entregó un delantal y me puse manos a la obra. Al final del día me miró asintiendo.

–Serás de gran ayuda –me dijo.

La ciudad de Hoorn era más grande que Edam, aunque lo suficientemente pequeña como para sentirse pronto en casa. Quizá se debiera a su emplazamiento a orillas del mar del Sur, lo que confería a la villa una atmósfera que me recordaba a la de mi pueblo natal. En sus calles reinaba la misma agitación y resonaba el familiar golpeteo y martilleo de los toneleros y los carpinteros navales. Aquí también había por doquier cordeleros, tejedores de velas y pescadores. En el puerto estaban amarrados lado a lado los filibotes, las carabelas y las gabarras.

En las tabernas de la plaza de la Piedra Roja se congregaban muchos jóvenes para beber, bailar y ver las peleas de gallos. Yo solía salir con otra camarera llamada Elisabeth, que era oriunda de Hoorn y me llevaba a todas partes. Gracias a ella no tardé en conocer a gente de nuestra edad. No me faltaban pretendientes, pero yo no estaba interesada.

Cada día iniciaba mi jornada laboral avivando el fuego en la cocina y en la taberna. Después me iba a buscar agua de la bomba y cargaba los cubos hasta la cocina, donde se

encontraba el cocinero preparando el desayuno para los clientes. Nosotros teníamos que esperar antes de poder picar algo, ya que primero había que limpiar el suelo de la taberna. Yo barría la arena que había absorbido los restos de bebida y comida de la noche anterior y esparcía arena limpia sobre el suelo. Para cuando finalizaba estas tareas, ya bajaban los primeros huéspedes. Entonces les servía arenque, pan y queso y, mientras ellos comían, yo subía al piso de arriba. Los dormitorios que habían compartido varias personas apestaban siempre, por lo que abría los postigos para que escapara el olor a sueño y orina. Después me llevaba abajo los orinales y, tras vaciarlos en el canal, los enjuagaba bajo la bomba de agua que había en el patio trasero. A continuación vaciaba el barril de orina que se encontraba junto a la puerta trasera. Con eso había acabado la tarea más desagradable y podía empezar a fregar la vajilla acumulada en la pila.

Una tarde de primavera fresca y soleada, se presentaron inesperadamente mi padre y mi hermano en la posada. Solté un grito y corrí a abrazar primero a mi padre y después a Pieter.

–¡Qué sorpresa! ¿Qué hacéis aquí?

–Hemos venido a visitarte –dijo mi padre mientras me daba un abrazo–. ¿Cómo estás?

En aquel momento no había mucho trabajo en la posada y Aecht me dio a entender con un gesto que podía tomarme un rato libre.

Fuimos a sentarnos a una mesa en un rincón y empecé a bombardear a mi padre con preguntas. Me contó que mi madre estaba un poco enferma y que por ello no había po-

dido venir, pero que no era nada grave. El resto de la familia y mis amigas estaban bien y me habían escrito cartas.

–Últimamente hacemos negocios con un maderero de Hoorn –me dijo Pieter–. Por eso estamos aquí. A partir de ahora tendremos que venir a menudo a Hoorn, o al menos uno de nosotros.

Era una gran noticia. Le hice prometer que traería a mi madre tan pronto se recuperara. Después de que hubiésemos comido y bebido algo, mi padre y Pieter se levantaron, y yo también debía volver al trabajo. Nos despedimos con el tono ligero y relajado de quienes volverán a verse pronto.

En las semanas siguientes los vi a menudo, nuestros encuentros eran breves, pero regulares. De vez en cuando, en mi día libre, también venía mi madre, así como Trijn y Lobberich. Y sus visitas siempre me reconfortaban.

–Tengo novio, se llama Albert –me anunció Trijn durante una de sus visitas–. ¿Todavía no tienes ningún pretendiente? ¿De verdad que no?

Aecht, que pasaba por allí, intervino:

–Nuestra Geertje es muy quisquillosa –dijo guiñándome el ojo–. Los hombres revolotean a su alrededor. Sin embargo, ella no les hace el menor caso. No le interesan.

Yo sonreí tímidamente. Había alguien que sí me interesaba, aunque de momento prefería no decírselo a nadie.

3

Se llamaba Abraham y era un cliente asiduo que me había llamado la atención, lo cual no tenía nada de extraño puesto que se trataba de un hombre alto y apuesto. Nuestras miradas se cruzaban a menudo y, cuando me hallaba detrás de la barra de espaldas a él, advertía en el reflejo de la caldera de cerveza que me miraba.

Llegué a la conclusión de que era un marino. Era fácil distinguirlos por sus rostros curtidos y por los aretes que llevaban en la oreja. La tez cobriza de Abraham apuntaba a que hacía largos viajes. Deduje que seguramente navegaba hacia tierras muy lejanas, pues hacía ya un tiempo que no lo veía. Sin embargo, un buen día volvió. Mientras servía a él y a sus amigos, intenté captar algo de sus conversaciones y así me enteré de que, en efecto, acababan de regresar a Hoorn. No sabía si habían ido muy lejos, pues los nombres de los países y las ciudades que mencionaron no me decían nada.

Mientras depositaba lentamente las jarras de metal sobre la mesa, lancé una rápida mirada a Abraham. Él alzó la vista y del susto estuve a punto de volcar la última jarra.

—¡Alto! —dijo él agarrando la jarra, por lo que nuestras manos se tocaron. Sentí un delicioso hormigueo por todo el cuerpo. Era la primera vez que sentía algo así y, cuando

alcé la vista, me topé con los ojos más azules que había visto nunca. Sonreí y él me devolvió la sonrisa.

Unas dos semanas más tarde, iba de un lado a otro de la taberna con una bandeja llena de jarras y atendiendo los pedidos de los clientes cuando advertí a Abraham y me acerqué poco a poco a su mesa. Sin embargo, para mi decepción él estaba enfrascado en una conversación y no reparó en mí.

–¡Eh, muchacha! ¿Me das algo de líquido? –me preguntó un hombre mayor mirándome.

Dejé la jarra de cerveza delante de él, sobre el barril de vino que hacía de mesa al tiempo que le decía:

–Pues claro. Aquí tenéis.

El hombre me observó con aire satisfecho, me agarró la nalga y dijo con una amplia sonrisa:

–Gracias, tesoro. Aunque preferiría probar del tuyo.

–Por supuesto –le contesté escupiéndole en la jarra.

A nuestro alrededor se oyeron carcajadas. Al hombre se le crispó la cara de la cólera. Me cogió del brazo y tiró de mí con fuerza. Yo perdí el equilibrio y caí sobre él, tras lo cual me agarró por los pelos obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

–Zorra asquerosa, ¿quién te has creído que eres? –bufó.

Intenté apartar el rostro para alejarme de su apestosa boca, pero el hombre se inclinaba cada vez más hacia mí.

–¿Y bien? –gritó enfurecido por las risotadas de sus amigos.

–Ya basta, Krijn. Suelta a la chica, así podrá ir a buscarte otra jarra –dijo Abraham apareciendo detrás de Krijn y poniéndole una mano sobre el hombro.

Alcé la vista y vi que Abraham me miraba y me hacía un gesto tranquilizador.

Krijn me sujetó un poco más antes de apartarme brusca-mente. Caí al suelo, pero Abraham me ayudó a incorporarme y me dio un empujoncito en dirección a la barra.

Aquella noche soñé con él.

Unos días más tarde, vino a la posada a última hora de la mañana y pidió una jarra de cerveza ligera y tres arenques con pan. Me apresuré a ir a buscarlo todo y cuando lo deposité en su mesa mi corazón revoloteaba intranquilo en mi pecho. A pesar de que me quedé remoloneando, él empezó a comer sin decirme nada.

–Gracias por lo que hicisteis –le dije.

Él alzó la vista.

–¿Por qué? Oh, te refieres a Krijn.

Asentí.

–No hay de qué –dijo él y siguió comiendo. Justo cuando me disponía a irme, preguntó–: ¿Cómo te llamas?

–Geertje Dircx. ¿Y vos?

–Abraham Claeszoon Outgers. ¿Hace mucho que trabajas aquí?

–Unos meses. Soy de Edam.

–Y vives en la posada, ¿verdad? ¿Has venido hasta aquí sola?

–Me trajo mi tío.

–Pero estás aquí sola. ¿Cuántos años tienes, Geertje Dircx?

–Veintidós.

–Veintidós –repitió él metiéndose un trozo de arenque en la boca–. ¿Y qué te ha traído hasta Hoorn, Geertje Dircx?

–Es evidente que no habéis estado nunca en Edam, pues de lo contrario no lo preguntaríais.

Se echó a reír y tomó un sorbo de cerveza.

–Puedes tutearme. No tengo muchos más años que tú.

–¿Cuántos? –pregunté.

Tenía el rostro curtido de alguien que pasa mucho tiempo al aire libre y yo le echaba unos cuarenta años.

–Treinta –dijo–. Vaya, veo que te extraña.

–Yo había calculado cuarenta –dije.

Él se echó a reír.

–Conque te hartaste de Edam –dijo–. ¿Qué le pides a la vida, Geertje?

Aunque seguramente esperaba que yo le contestara «Un marido e hijos», le contesté:

–Libertad.

Abraham se secó la boca con el dorso de la mano, con expresión pensativa.

–Sí –dijo entonces.

–¿Estás casado?

Negó con la cabeza.

–A las mujeres no les interesan los hombres que se pasan media vida en el mar.

–¿Navegas?

–Soy corneta de a bordo. Dime, ¿por qué no te sientas conmigo un rato? Tu jefa se ha ido y no hay nadie.

–Tengo trabajo que hacer –le dije sin moverme del sitio.

–Solo un ratito, Geertje.

No pude resistir la tentación y me senté en la silla que él me ofrecía.

–¿Te gusta este lugar? –me preguntó Abraham.

–Sí, Aecht es una buena patrona y en la posada pasan muchas cosas.

–El trabajo debe de ser duro, ¿no? Siempre te veo correr. Lo miré algo asombrada. A fin de cuentas, todo el mundo debía correr para ganarse el pan, ¿qué había de especial en eso?

Mientras me observaba con expresión pensativa, Abraham metió tabaco en una pipa alargada, la encendió y luego echó el humo.

–Si pudieras pedir tres deseos, ¿qué elegirías?

No tenía ni idea. Allí de donde venía la gente no pedía deseos y menos tres. Por supuesto, podías desear que dejara de llover para poder cosechar y que se secara el barro de las calles o que se te curara el resfriado y dejara de dolerte la garganta, pero yo no me había atrevido nunca a soñar mucho más que eso. Aunque tampoco era del todo cierto. Siempre había querido irme de Edam y ese deseo se había cumplido. Lo único que esperaba ahora era encontrar un hombre bueno con el que formar una familia. Y el que estaba ante mí me parecía perfecto.

–Tengo todo lo que preciso –dije–. Un techo sobre mi cabeza y un trabajo agradable. En cualquier caso, es mejor que pasarse el día limpiando pescado y seguir encontrando escamas por la noche.

Él me miró como si lo comprendiera.

–Pero también querrás divertirme de vez en cuando, ¿no, Geertje Dircx?

–Sí, por supuesto. Dentro de poco se celebrará la feria anual.

–Exacto. ¿Te apetece ir conmigo?

Por supuesto que me apetecía, aunque fingí tener que pensármelo. Justo cuando Abraham parecía estar a punto de formular alguna disculpa, yo me apresuré a asentir. Después reanudé mi trabajo sin dejar de sonreír.

Por desgracia, aquella semana, Aecht no me dio libre. La feria era el periodo más ajetreado del año y ella necesitaba que todas las camareras y todos los sirvientes estuvieran en su puesto de trabajo. Yo esperaba que Abraham viniera a la posada, pero no lo vi en toda la semana.

Mientras me paseaba por la taberna con bandejas llenas de jarras de cerveza, lo buscaba incesantemente con una mezcla de esperanza y temor. Lo más seguro es que estuviera con otra mujer. Tal vez fuera mejor que no volviera a verlo.

Unos días después de la feria, vino para decirme que se marcharía durante un tiempo a Elmina.

—¿Elmina?

Me sentía estúpida porque aquel nombre no me sonaba de nada, pero Abraham no pareció extrañarse.

—Elmina es el fuerte holandés en la Costa de Oro, en África —me explicó—. Se llama Costa de Oro porque nosotros, es decir la Compañía de las Indias Occidentales, comerciamos con oro y esclavos.

—Oro —repetí.

—No es que yo vea mucho oro. No soy más que un simple corneta.

—Ser corneta no me parece un trabajo desdeñable.

—No —admitió él—. No lo es. Si la tripulación no recibe las señales oportunas a tiempo, todo puede irse al traste. El

buque puede quedar encallado en un banco de arena o en un arrecife, o acabar bajo fuego enemigo de los españoles o los portugueses.

–¿Cuándo zarpas?

–Dentro de tres días.

Sin saber qué decir, me puse a encerar una mesa.

–¿Y cuánto dura el viaje? –pregunté tras una pausa, intentando que mi voz sonara lo más ligera posible.

–Cerca de medio año. Puede que menos, aunque también podría alargarse.

No dije nada.

–Tendrás que arreglártelas sin mí durante un tiempo, Geertje Dirckx. ¿Crees que lo lograrás? –me preguntó guiñándome el ojo.

–Seguro que sí. Pero espero que regreses sano y salvo.

Abraham señaló el arete que le atravesaba el lóbulo de la oreja y me contó que todos los marinos llevaban uno, por si caían por la borda. Si eso sucedía, el dios Neptuno podía sacarlos fácilmente del agua agarrándolos por el aro.

–Conque no te preocupes –me dijo.

–¿Tú nunca te preocupas? Yo estaría muerta de miedo rodeada de tanta agua.

–Sí, a veces tengo miedo, sobre todo cuando hay tempestad. Pero con tiempo tranquilo todo es más llevadero. En realidad, navegar es bastante aburrido.

–Entonces, ¿por qué lo haces? –le pregunté.

–Acabé metido en esto porque al principio me parecía divertido.

–¿Ya no?

–Sí, claro que sí. Uno ve mundo y eso está bien. Pero los

viajes son largos y no es fácil tener que separarse cada vez de todo y de todos.

No me atreví a formular la pregunta que me rondaba la cabeza y me quedé unos instantes allí de pie sosteniendo una jarra vacía con ambas manos.

–En esos países lejanos seguro que hay mujeres jóvenes dispuestas a consolarte –dije por fin.

Él asintió lentamente.

–Pero lo importante es quien te espera cuando regresas. No todo el mundo puede soportar vivir con un marino.

–Yo esperaré.

Se me escapó y, aunque sentí arder mis mejillas, no me arrepentía de mis palabras. Esperé con nerviosismo su respuesta.

Abraham alzó la vista y vi que me miraba sonriente. Entonces apartó la silla y se levantó. ¿Lo habían espantado mis palabras? No me atrevía a decir nada más y me quedé inmóvil, sintiéndome desdichada, con la jarra apretada contra el pecho.

Abraham me guiñó un ojo, dejó algunas monedas sobre la mesa y abandonó la posada.

Al día siguiente zarpó de Hoorn. Durante su ausencia no solo estaba preocupada por él, sino que echaba de menos sus historias, sus bromas y sus guiños. Había más hombres que me prestaban atención, pero no era lo mismo. Nadie me miraba como Abraham, nadie me preguntaba por mis pensamientos más íntimos, nadie se mostraba tan interesado como él. La taberna entera parecía vacía sin él, y los días resultaban eternos y tediosos. Incluso el trabajo que tanto me había gustado empezaba a repelerme y comprendía que

si me había sentido tan a gusto en la posada era debido a la presencia de Abraham. Sin él, todo perdía su brillo.

Aunque pensaba a menudo en Abraham, no estaba preparada para su regreso. Pese a que sabía en torno a qué fecha podía esperar su vuelta, también sabía que podía retrasarse semanas o incluso meses. En cualquier caso, no podía volver mucho antes, por eso cuando lo vi delante de mí, me sobresalté como si hubiese visto un fantasma.

–Hola, Geertje –me dijo.

Su voz sonaba distinta y él me miraba de otra manera. Con curiosidad, como si me viera por primera vez, o como si buscara algo.

Me cogió la mano y la apretó con fuerza. Yo me la quedé mirando y me dije para mis adentros: tiene mi mano en la suya. Me lleva siete años, es un hombre hecho y derecho. Podría haber tomado la mano de cualquier muchacha, pero está aquí conmigo.

Le sonreí y él me devolvió la sonrisa. Entonces se inclinó hacia mí y me besó. Durante unos latidos sin aliento, sentí el calor de sus labios sobre los míos y se desvanecieron todas las palabras que surgían en mi interior. Cerré los ojos y, cuando volví a abrirlos, lo único que vi fue el azul de los suyos.

Los gritos y aplausos a nuestro alrededor se me antojaban muy lejanos. Tenía la sensación de que la concurrida taberna se alejaba flotando, llevándose consigo todo el bullicio. Abraham volvió a besarme y en aquel momento supe que se convertiría en mi marido.

El 26 de noviembre de 1634 nos prometimos fidelidad eterna en la iglesia reformada de Zwaag. Casarse allí era más barato que en Hoorn y, aunque Abraham no era pobre, tampoco consideraba necesario malgastar el dinero. A mí me daba igual. No podía creer que hubiese encontrado a un hombre tan cariñoso y apuesto. Un hombre que me amaba, a quien podía entregarme sin dudarlo.

Fue una boda sencilla y breve, con pocos invitados. Asistieron mis padres y Pieter, así como Trijn, Lobberich y el tío Jacob. Asimismo, acudieron algunos amigos y familiares de Abraham que vivían en Hoorn.

Yo había ahorrado y pude permitirme comprarme ropa nueva para la boda: una falda roja, un jubón blanco con mangas de encaje, guantes de seda y medias. Me solté la larga melena sobre los hombros. Fiel a la tradición, Abraham me regaló una corona de flores que llevé todo el día sobre la cabeza.

–Ahora eres mi esposa –me dijo mientras me besaba una y otra vez ante las miradas de los invitados–. Mi Geertje de la posada. Cuando te vi por primera vez, supe que llegaría este momento.

–Pues te lo tenías bien calladito –le dije riéndome–. No estaba en absoluto segura de gustarte.

–Tenías muchos pretendientes. Pensé que una chica como tú no se interesaría por un corneta que está siempre de viaje.

–Siempre te esperaré –le dije, poniendo mis manos alrededor de su nuca y besándolo.

Abraham vivía en una casa alquilada en el puerto de Appelhaven. La primera vez que crucé el umbral como mujer ca-

sada, supe que había llegado al lugar donde siempre había querido vivir. Aquella casa, con vistas al puerto, era mi sitio. Aquí me despediría de Abraham cuando zarpara y lo recibiría cuando regresara, aquí nacerían y crecerían nuestros hijos. Aquí yo sería feliz.

Vivir en aquel barrio me resultaba agradable. Me gustaban las vistas sobre el agua y los barcos, el bullicio en los muelles, el crujir de la madera de las barcas, el golpeteo del agua y el lenguaje ordinario de los marineros. Este era el mundo que yo conocía, en el que me había criado.

Tras medio año, Abraham volvió a zarpar en un viaje que se prolongaría durante cuatro meses.

–Ya es hora –dijo con un suspiro la mañana de su partida–. Me vuelvo a ir. Cuando regrese buscaré trabajo en tierra, porque no me gusta tener que dejarte sola cada vez.

–Me las apañó –le dije apretándome contra él y cobijándome entre sus brazos–. Son solo cuatro meses. Algunos hombres se marchan y tardan años en volver.

–Eso es cierto, regresaré pronto. Adiós, amor mío, te traeré algo bonito.

Volvió a besarme y salió de casa.

Habíamos acordado que nos despediríamos en casa y no en el puerto, porque los buques podían tardar un tiempo en estar listos para zarpar. Desde el vestíbulo de la casa, yo podía verlos y, cuando soltaron las amarras, corrí hacia el largo embarcadero de madera, con la esperanza de vislumbrar a Abraham. No lo vi, pero oí su corneta anunciando la partida de la flota. El sonido se quedó resonando en mi cabeza durante todo el día y la noche siguiente.

Sin embargo, aquella vez, segura como estaba del amor

de Abraham, conseguí soportar mejor su ausencia. El mayor problema no era la separación, sino los días largos y silenciosos. Como no me gustaba quedarme de brazos cruzados, volví a trabajar durante un tiempo en la posada. Allí siempre había mucho que hacer y los días pasaban volando.

Cuatro meses más tarde, los buques regresaron. La noticia resonó por toda la taberna, los clientes que entraban hablaban de ello. Miré a Aecht y ella hizo un gesto de asentimiento. Solté el trapo con el que secaba los vasos, me quité el delantal y salí a la calle.

El regreso de los buques era el tema de conversación en la calle y yo no era la única que corría hacia el puerto.

Llegué sin aliento. Me abrí camino entre la multitud que se agolpaba en el muelle de madera. Aunque los barcos de la flota eran grandes, entre ellos no había buques mercantes y podían atracar sin problemas en el muelle. Ya habían llegado. Estiré el cuello para ver a Abraham, pero no lograba distinguirlo entre todos los marinos que habían salido a la cubierta.

Escudriñé sus rostros con impaciencia mientras los veía saludar y me preguntaba dónde estaba Abraham. Era muy alto, tenía que destacar por fuerza entre todos los demás.

—¡Qué pocos hay! —dijo un anciano que estaba a mi lado.

Antes de que pronunciara esas palabras, yo ya había captado el murmullo de inquietud entre la gente que esperaba en el muelle y comprendí que aquel hombre estaba en lo cierto. Había en efecto muchos menos marinos a bordo que cuando zarpó el barco y no se les veía sonreír y saludar con la habitual efusividad.

Después de esperar largo tiempo con creciente desazón nos dijeron a qué se debía: durante el viaje de vuelta se había desatado una tormenta que había causado muchas víctimas. Algunos hombres habían caído por la borda. Abraham era uno de ellos.